

M^a Paz Osorio Lozano
A la sombra del nogal



Mª Paz Osorio Lozano

A la sombra del Nogal

Mª Paz Osorio Lozano, 2012
Reservado todos los derechos

Maquetación y diseño de cubierta:
Manuel Martínez Peralta

Depósito legal: MA-6376
Nº de Registro: 1999/29/27540

ÍNDICE

La casa de la Alameda.....	5
El amor inesperado.....	17
El diario.....	31
Los preceptos.....	50
El inglés.....	62
Cajita de plata.....	79
Los Recuerdos.....	92

PRÓLOGO

Superados los primeros instantes de indignación y coraje, tras el apresamiento, la desesperanza y el abatimiento le inundaron el alma, llegó incluso a pensar qué, quizás, había actuado imprudentemente.

Había permanecido durante siete años en el exilio; allí, refugiado en Inglaterra, se unió a los "Apóstoles" de Cambridge con la ayuda de Jonh Sterling. Junto a ellos y los emigrados españoles favorables a la causa liberal, planificó minuciosamente un pronunciamiento contra el rey de su amada patria. Desgraciadamente en España las fuerzas liberales no lograban ponerse de acuerdo: la mala organización, la falta de recursos y la desunión se hicieron patentes en el hecho de que en ese periodo las insurrecciones se sucedían aisladamente y acababan en la ejecución del promotor de los actos.

El General tenía la total seguridad de que para él había llegado también el fin. Si no lo habían fusilado ya era por alguna causa que escapaba a su entendimiento. Se tachó a sí mismo de iluso, optimista e incompetente al creer que un pequeño impulso desencadenaría un levantamiento total contra el régimen absolutista. Dudaba perdonarse por haber arrastrado a los demás a esa trampa mortal, se culpaba de haber tenido los oídos tapados ante todo aquél que le previno de que no era el momento y, sin embargo, él siguió adelante con todo ello.

Desde el primer instante en que Robert Boyd le ofreció su fortuna y su persona tuvo la completa seguridad de que todo estaba bajo control y el cinco de septiembre de 1830 llegó a Gibraltar. A pesar de los fracasos en Algeciras siguió en las costas andaluzas más de un año, pues en el verano del 31 comenzó a recibir cartas de un íntimo amigo, de su total confianza, "Viriato", que lo instó a continuar con su propósito. Así lo hizo. Pero aquella mañana del uno de diciembre, cuando, aún después de haber cenado la noche anterior con el capitán del Neptuno, vio como ese mismo guardacostas lo atacaba, se sintió desorientado, confuso y afligido.

Recordó que al encaminarse hacia Alhaurín de la Torre sentía sobre sus cabezas volar un pájaro de mal agüero y no dio ni un paso hacia atrás; no, aún más, ahora que recapacitaba serenamente, se daba cuenta que desde un principio no descartó que también les podía acontecer lo que desgraciadamente ocurrió y en ningún momento le importó lo más mínimo. A qué venían ahora tantas dudas. Todos habían estado siempre de acuerdo que era mejor para un hombre de orgullo y valor morir en su propia patria, luchando por lo que creía, que vivir en tierra ajena esperando continuamente un momento que ellos mismos tenían que propiciar.

Sólo vivió una semana más después de ser apresado. En la madrugada del cinco de diciembre de mil ochocientos treinta y uno, después de recibir la orden real (que era lo único que esperaban), el General José María Torrijos fue fusilado junto a sus cuarenta y ocho compañeros, ante el desamparo del frío otoñal, en las playas de San Andrés, sin tan siquiera conseguir su último deseo de mandar el fuego y ser muerto sin que le vendasen los ojos.

CAPITULO I LA CASA DE LA ALAMEDA

Era la casa más suntuosa del Paseo de la Alameda. Tenía puerta y fachada de palacete en estilo Barroco, porque el que fuera su arquitecto a finales de 1700, era también su dueño. La hizo como regalo de bodas a capricho de su amada.

Isabel Benavente era biznieta del enamorado arquitecto y esposa, y aunque la casa fue cuna de los recuerdos infantiles y juveniles de su madre, Margarita, ella no la había pisado ni una sola vez en sus veinticuatro años de vida. Pero la había fascinado desde que tuvo uso de razón y siempre que pasaba por delante de la puerta se quedaba boquiabierta con los ojos de par en par intentando que por lo menos su espíritu atravesara aquellos muros. En muchos de esos momentos vio como su abuela la miraba desde la ventana y le sonreía con toda la dulzura del mundo, hasta que sentía un pequeño tirón en la mano que la unía a su madre indicándole que debía reanudar la marcha. No recordaba en qué momento ni por qué su madre le contó que aquella anciana de mirada triste era su abuela y que cuando tuviera edad para entenderlo sabría cuál fue el problema que las separó. Lo que sí recordaba con toda exactitud, es que desde ese momento la quiso aunque sabía que aquello en el fondo podía estarle prohibido.

En esa tarde calurosa de verano de 1877 todo era distinto: no había quien le impidiera entrar y, aunque siempre supo que llegaría ese momento tarde o temprano, le parecía imposible, se sentía bastante nerviosa. Aún así, con el paso decidido que la caracterizaba subió los escalones y llamó a la puerta.

Ya sólo la habitaban las personas que habían servido a su abuela en vida; estaban allí aún porque el señor Rodríguez, albacea de la herencia, les comunicó que era deseo de doña Adela que siguieran sus vidas en la casa, y sirvieran a quien la heredara. La señora no quería que aquellas personas que tan fielmente les habían acompañado durante gran parte de su vida fueran a la calle por causa de su muerte. Aquel gesto la magnificaba ante los ojos de Isabel, que, al no llegar a conocerla, nunca supo de sus defectos y casi la idolatraba.

Volvió a golpear enérgicamente con el aldabón, casi impaciente de que la puerta no se abriera. Tras unos segundos chirrió del propio peso y apareció tras ella Anita. Entonces entendió Isabel el porqué de la tardanza. ¡Anita estaba tan mayor! Doña Adela la había tomado como doncella poco antes del nacimiento de la primera de sus dos hijas, después de varios meses de insistencia por parte de su marido, que estaba convencido de que necesitaría ayuda con la criatura una vez que naciera. ¡Qué razón tuvo! Ya que Adela se había criado muy mimada y no tenía costumbre de manejar a los niños. La doncella sin embargo, siendo tan joven, tan sólo trece años, había criado a dos de sus hermanos y tenía una soltura y una gracia con la recién nacida que Adela en ocasiones sentía algo de celos. Conforme Margarita fue creciendo se convirtieron en compañeras de juegos, penas y alegrías. Anita siempre atenta al pelo, vestidos, comidas, vigilar los sueños y Adela en el fondo agradecida porque sabía que ella no hubiera sabido hacerlo tan bien.

Isabel la conocía muy bien y la adoraba. Había sido siempre el punto de unión con aquella casa, con la abuela y con los rincones que su madre nunca quiso olvidar. Estuvo presente en el nacimiento de ambas y las visitaba dos o tres veces en semana para tomar con ellas una merienda mientras hablaban de todo aquello que pudiera distraer a Margarita de sus fantasmas; incluso era portadora de mensajes de la abuela que siempre daba a la niña en secreto aunque Margarita sabía que lo hacía.

-¡Isabel mi niña! Ya tenía yo ganas de verte entrar en esta casa.

-Tú mejor que yo sabías que eso no podía ser hasta lo ocurrido.

-Sí, lástima que la muerte de ambas sea la que te ha abierto esta puerta. Tu abuela, desde que supo que esa enfermedad se llevaba a tu madre, se hundió en la pena y parece que decidió morirse con ella. Siento que tan tristes avatares no hayan permitido que la conocieras. Fue un gesto tan bonito el que acompañaras su féretro en cuanto pudiste. ¡Y qué duro enterrar de un día para otro a las dos! Yo no puedo hacerme a la idea. Pero pasa, vamos a tomar un té y nos hacemos compañía la una a la otra, que lo necesitamos.

-Gracias, en casa me han dejado dormir demasiado tiempo, y ahora tengo necesidad de hablar de ellas. Sabes que ni en sus últimos días ha querido mamá hablarme de donde venían tan largas desavenencias. Yo la he respetado, pero no puedo esperar más. Cuéntamelo tú que lo sabes tan bien como ellas.

-Es una historia muy larga y no se me ocurre cómo contártela.

- Pues hazlo directamente y sin rodeos.

-Cielo, las cosas hay que conocerlas desde la raíz, si no se pueden juzgar mal.

-Yo no pretendo juzgar nada ni a nadie, y menos a dos personas a las que, aunque de distinta manera, he querido

y ya no están aquí.

-Créeme, todos tomamos partido por alguien y juzgamos los hechos, debamos o no... No creo que haya nadie que sea capaz de mantenerse como un simple espectador en la ventana de la vida. Pero, ya que quieres saberlo, voy a intentarlo.

Se sentaron en la sala de estar, la anciana hizo sonar una campanilla y acudió una doncella (habían pasado muchos años desde que empezaron a servirle a ella como si fuera una de las señoras de la casa), quiso que le sirvieran el té con unos pastelitos que ella misma había hecho durante la mañana.

-La familia de tu bisabuela Azucena...

-¿Mi bisabuela Azucena? ¿Quién es? ¿Qué tiene ella que ver ahora?

-Te he dicho que hay que empezar desde las raíces, ya que pretendo hacerte ver que nadie puede escapar de los designios del destino, aunque también a veces el destino se equivoque. Por cierto, ¿cómo tienes tantas ganas de hablar sin haber visto la casa?

-Porque me intriga más esta historia que la casa en sí.

-Vamos a hacer una cosa. Yo voy a contarte algo mientras tomamos esto y después la vamos viendo.

Anita tomo el abanico que tenía sobre la mesa y comenzó a darse aire sin muchos aspavientos, Isabel observaba cada uno de sus movimientos y gestos, le parecía tan refinada a pesar de ser solo señorita de compañía.

-Como te iba diciendo, la familia de tu bisabuela Azucena eran joyeros muy ricos de Córdoba capital y muy amantes de su tierra; tenían seis hijos varones y una sola niña que mimaban más que a la de sus ojos (en eso os parecéis todas las mujeres de tu familia, habéis estado muy mimadas, y en la hermosura, que vaya ojos y sonrisa que tenéis, pero muy mimadas), pues la niña padecía una enfermedad de pulmón y todos los médicos que consultaron le aconsejaron que tenían que trasladarse a un clima más hú-

medo que fuera beneficioso para dicha enfermedad y lo mejor era una ciudad a la orilla del mar. De modo que se trasladaron a Málaga. Los hijos mayores continuaron con el negocio en Córdoba y tu tatarabuelo empezó a trabajar aquí con los hijos menores, siendo aceptado de inmediato por la burguesía malagueña porque eran una familia culta y unos verdaderos artistas de la joya. Al parecer el pobre don Antonio Bolaños andaba continuamente a galope de caballo entre una ciudad y otra, mientras madre e hija alternaban en fiestas y beneficencias.

Entre las tantas amistades, era muy especial para madre e hija, la de dos jóvenes que más que amigos parecían hermanos pues siendo miembros de familias muy pudientes, uno de Antequera y el otro de Vélez- Málaga, fueron a conocerse en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde estudiaron arquitectura y no quisieron volver a sus pueblos porque la ciudad se encontraba en plena expansión y de inmediato comenzaron a trabajar en diseños de reparaciones de algún palacete, casas suntuosas, iglesias parroquiales, hospicios, hospitales y de otros edificios funcionales. Pronto se compraron una casa cada uno que reconstruyeron con todo lujo de detalles. Una fue ésta; con ella tuvo tu bisabuelo Rogelio mucha visión de futuro, pues eran un par de casas que ocupaban casi una manzana a la que se entraba por calle Panaderos, pero él la proyectó tal y como está hoy, con su entrada por la Alameda, que entonces no existía. El mar había empezado a retirarse formando una extensa playa de arena que le daba un aire romántico, circunstancia que encantó a la pareja. Creo que fue en 1806 cuando inauguraron el paseo, plantado todo de álamos blancos. Entonces tenía tu abuela cuatro años. Sé que era así porque lo contaba don Rogelio, ya que donde alcanza mi memoria es a los naranjos y las Adelfa reales que pusieron después. Por entonces había contadas viviendas junto a la de ellos; recuerdo que en la de don Juan Maury se hospedó "Pepe Botella" cuando entró en Málaga

con sus tropas francesas porque muchos años después aún seguían contando historias fantásticas sobre esa casa por el simple hecho de que él hubiera estado allí. Tu bisabuelo Elías la compró en calle Granada, en la que has vivido durante toda tu vida.

-¿Mi casa?

-Sí, tú casa.

-Yo siempre creí que era de la familia de mi padre.

-Pues no, déjame contarte.- La anciana cuando cogía el hilo de una historia no había quien se lo hiciera cortar. Miró la taza de té que tenía delante y, como no humeaba, decidió tomar un sorbo; aún estaba caliente de modo que volvió a dejar la taza sobre la mesa pues hacía bastante calor- ¿Qué te iba diciendo?

-Lo de las dos casas.

-Empezaron reconstruyendo la vuestra y, cuando fueron a empezar con ésta, la amistad entre la familia de tu bisabuela y los jóvenes estaba consolidada y ambos se enamoraron de ella. La joven, algo caprichosa, no sabía por cuál de los dos decidirse y se dejaba cortejar por ambos.

-Y su madre ¿no se oponía a aquel juego? También andaba aturdida sin saber cuál de los dos sería mejor para la niña.

Don Elías Maldonado era mucho más guapo, alto y educado, pero algo serio y en la jarana se dejaba arrastrar por don Rogelio de la Vega, que, aunque también era guapo, lo era menos, pero alegre, zalamero y picarón, que con sólo la palabrería romántica se llevaba a las mujeres de calle.

-Anita, no te lo estarás inventando, ¿cómo sabes tú todo esto?

Anita la miro muy seria. Sin hacerle caso volvió a tomar un sorbito de té y el hilo de la conversación.

-Cuando yo llegué a esta casa los ratos en que la niña dormía los aprovechaba aprendiendo a leer y escribir con doña Adela.- Isabel abrió los ojos de par en par en un ges-

to de sorpresa- Sí señorita. Leíamos la prensa o cualquier libro que le gustara a ella. Yo, tenía que estar preparada, según decía la señora, porque quería que fuera la señorita de compañía de tu madre y se encargó personalmente de instruirme y refinarme. Pero había momentos en los que me iba a la cocina y Francisca, la cocinera, tenía la lengua muy ligera, aparte de otras cosas y ella me contó la mayor parte de esta historia, y otras la oí directamente de don Rogelio, que cuando tu madre era una niña se las contaba constantemente con mucha melancolía, como hacemos los viejos y a mí me gustaba mucho oírlo. ¡Por eso tu madre lo echaba tanto de menos cuando murió!

-Como ya te he dicho tu bisabuela era una mujer enfermiza y, aunque don Rogelio la quería más que a nadie en el mundo, acudía a la cama de Francisca para apaciguar sus calores y al parecer le contaba todo lo que la cocinera preguntara. Cosa extraña, pero fue así.

Volviendo a lo que íbamos. Los dos estaban tan enamorados que Elías no quiso que aquello pudiera acabar con esa gran amistad de años y decidió poner el mar de por medio. Dejó su casa al cargo de Rogelio y le dijo que cuando se repusiera de tal amor volvería.

-¿Y regresó?

-No, mi niña, él nunca más volvió; fue su hijo el que lo hizo, y su hijo era tu abuelo Simón. Te estoy contando la historia de tus dos bisabuelos maternos.- A Isabel le parecía que aquello no tenía nada que ver con lo que a ella realmente le interesaba, pero le estaba gustando oírlo, le distraía de su pena y no quiso interrumpir más a la anciana.- Según tengo entendido, en el largo viaje a América conoció a una joven que pertenecía a una importante familia criolla y, como la mancha de la mora con otra verde se quita, se casaron pronto y vivieron muchos años con sus hijos muy unidos. Eso fue lo que dijo tu abuelo. Mientras aquí en Málaga a Azucena se le terminó el problema pues la elección ya estaba hecha y se comprometió con Rogelio, él, pa-

ra que no anduviera en el recuerdo del amigo, terminó de hacer esta casa totalmente a su gusto y la entusiasmó más de lo que ya estaba. Una vez terminada, fueron los cordobeses los que se encargaron de la completa decoración de la casa, así como del ajuar. Niña, como veo que hace rato que no comes nada, la podemos ir viendo mientras te cuento algo más, pues aún está tal y como ellos la decoraron, solo se le ha ido cambiando alguna cortina o añadiendo algún detalle. Además hay retratos de toda la familia y los puedes conocer.

Se dirigieron al zaguán por donde habían entrado pues desde allí partían pasillos que llevaban al resto de la casa, tanto a los salones como a las escaleras que subían a los dormitorios, e Isabel tomó conciencia de ello y por primera vez puso atención a lo que miraba para intentar conocer a las personas que la habían habitado durante tanto tiempo. El lujo saltaba a la vista, pues todo, absolutamente todo era de madera de caoba, brillaba en ese tono rojizo espléndido acorde con los adornos de finas porcelanas y los dorados más dorados que había visto nunca, lámparas de cristal y cortinas y tapices que resaltaban y contrastaban en dulce armonía. Efectivamente había retratos de todos, pintados por los mejores artistas de la ciudad según la época. Isabel se detuvo en cada uno de ellos para admirar y desmembrar cada rasgo de esas caras que veía por primera vez, pero con las que se sentía identificada de un modo u otro. Ella se encontraba más parecida con su abuela y bisabuela que con su propia madre, pues Margarita era como las mujeres de la familia de su padre, según decía éste, de ojos achinados y labios prominentes. Eran cuatro retratos de mujeres morenas con ojos negros, desde su tatarabuela hasta su madre y de pronto aquel contraste que hacía destacar ese óleo entre los demás. Apenas si recordaba a su tía Matilde porque murió cuando ella era muy niña; admiraba ese rostro níveo de cabellos dorados y ojos tan claros como el mar. Al verla pintada le pareció más bella y distinta, quizá

porque no reflejaba la huella de la enfermedad que la acompañó al final de su vida.

-Hubo un tiempo que pensé que la tía Matilde era la culpable de la separación de mamá y la abuela.

-Ni mucho menos, tu madre la adoraba, solo eran las dos y ella era doce años mayor que su hermana. La pobre heredó de su abuela la enfermedad de pulmón, de modo que doña Adela viéndola más débil, más vulnerable, la cuidó como nunca lo hizo con tu madre y a pesar de ello Margarita nunca le tuvo celos y la quiso con toda su alma.

Como todos los dormitorios eran tan parecidos unos a otros, los fueron viendo despacio pero sin pausa. Anita se detuvo de nuevo ante el retrato de los bisabuelos Rogelio de la Vega y Azucena Bolaños, que estaban uno junto al otro:

La boda fue sonada en toda la ciudad. Vinieron las familias de Vélez-Málaga, Córdoba y las amistades que compartían aquí, toda la flor y nata se reunió para celebrar con todo lujo y ostentación un festín que duró casi tres días con gran diversidad de comidas y algún que otro espectáculo, acompañada, por supuesto, de la consabida columna escrita por el mejor reportero en la prensa local, ¡creo que aún están guardados por ahí los recortes de aquel periódico! Tu abuela tenía guardado todos los recortes de prensa concernientes a esta familia.- Isabel pensó que quizá podría leerlos y encontrar en ellos algo más- Al año siguiente se celebró con la misma alegría el nacimiento de su primera hija y que después supieron que sería la única porque el médico así lo recomendó, ya que el embarazo y el parto debilitaron mucho a Azucena y no era conveniente pasar por lo mismo otra vez. Tanto fue así que murió muy joven, tenía treinta y ocho años y tu abuela era una niña de quince. Decía Francisca que estuvo, desde que empezó a calentar aquel año la primavera, sentada bajo el nogal oyendo leer a su hija y a los pájaros que anidaron en el árbol y al llegar el otoño, con la caída de las hojas, se fue para siempre. Don Rogelio